
El Verdadero Timo del Entierro

Silverio Lanza

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 7193

Título: El Verdadero Timo del Entierro

Autor: Silverio Lanza

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 28 de noviembre de 2021

Fecha de modificación: 28 de noviembre de 2021

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

El Verdadero Timo del Entierro

La ponderación de fuerzas en el Ayuntamiento de Valdezotes traía pensativos al diputado, á los concejales y á los peores contribuyentes.

Con *Riñones* ó con *Quedito*; este era el problema. La solución fué elegir concejal y alcalde al tío *Meterio*, y nombrar al tío *Quedito* primer teniente, porque se avino á la solución. *Riñones* protestó indignado y se sentó á la izquierda.

Emeterio tenía cincuenta fanegas de tierra mala, un par de mulas malas, una casa mala y vieja, una mujer vieja y mala, y un hijo que era lo peor que *Emeterio* tenía.

La vara de alcalde lleno á la señá *Niceta* y á *Tolico* de satisfacción y de orgullo. *Emeterio* quedó asombrado y temeroso.

Se celebros la toma de posesión, y el día siguiente se hallaba enfermo el señor alcalde. Se llamó al medico de *Zarzabronca*, é hizo ante la familia y *Quedito* este diagnostico: «Pulmonía doble infecciosa con atonía del corazón, hipertrofia del hígado y congestión renal. Situación gravísima: conviene que se confiese y reciba los Santos Sacramentos. No se debe perder la esperanza; yo y la Ciencia tenemos recursos.»

Emeterio se quejaba rabiosamente, y *Valdezotes* se disponía á un caso extraordinario: á enterrar un alcalde. *Quedito* reunió al Cabildo municipal; hablo de la urgencia; recordó que la caja, los cirios, la música y las coronas estaban á nueve leguas de distancia, y se comisiono al síndico para que, en unión del secretario y de las caballerías necesarias, fuese á la ciudad y se trajese lo preciso para enterrar dignamente al

primer alcalde que en Valdezotes moría mandando.

Al amanecer se había Emeterio descargado de los bollos, de las aves, del cordero, de la bebida y de todo lo que había ingerido el día de la toma de posesión. Y satisfecho de si mismo, porque había obrado bien, se durmió tranquilamente.

A las once el síndico anunció que á las tres llegarían los avíos de enterrar.

Quedito, Aniceta y Bartolomé despertaron á Emeterio, y le expusieron los dos términos del grave problema.

Primer término: Si Emeterio no quería morirse, haría Quedito las paces con Riñones, y enredarían en un proceso al alcalde.

Segundo término: Si optaba por morirse en seguida, vería á Tolico nombrado alguacil, presenciaría la solemnidad del entierro; y cuando (al día siguiente) apareciese resucitado, hablarían de el los periódicos y desde muy lejos vendrían las gentes á visitarle.

Emeterio se avino á morir y á resucitar; Quedito envió un propio á Zarzabronca para que el medico certificase la defunción; en la torre sonaron las campanas; repartieron los cirios, los viriles y los estandartes; llegó el clero; alternaron los responsos con los vales que tocaba la murga; y dos azadones y cien manos piadosas echaron á un mismo tiempo tierra sobre el ataúd de Emeterio, que allí quedó enterrado para siempre.

Poco tiempo después murió alcoholizada la viuda, y Bartolomé está en presidio. Quedito, ya viejo, es el cacique indiscutible de Valdezotes; y repite á menudo esta moraleja, que brindo á los políticos, y que se verificó en un orador insigne.

«*Quien orgulloso aspira á que le entierren con pompa, suele tener la desgracia de que le entierren en vida.*»

Silverio Lanza



Juan Bautista Amorós y Vázquez de Figueroa (Madrid, 1856-Getafe, 1912), más conocido por su seudónimo Silverio Lanza, fue un escritor español.

Hijo de una familia acaudalada, ingresó en la Marina, abandonando muy pronto su profesión para dedicarse a la actividad de escritor, mientras realizaba frecuentes viajes a Madrid para ver a su familia y amigos.

Asistió a la tertulia literaria del Café Madrid, a homenajes y conferencias, al Palacio de la Bolsa y viajaba a Barcelona, Valencia y a sus posesiones agrícolas en Bujalance. Criticó el caciquismo en "Ni en la vida ni en la muerte" y fue procesado. Para Rubén Darío fue «un cuentista muy original», con Segundo Serrano Poncela considerándolo años más tarde «un raro». Residió en Getafe desde 1887 hasta su muerte. Falleció el 30 de abril de 1912 en su domicilio getafense.

Su primera obra, "El año triste" (1880), originó un gran impacto en el ambiente literario y fue considerada como una de las publicaciones más importantes de ese año. Poseedor de un estilo muy moderno, de un insólito sentido del humor y de gran agudeza crítica, cultivó la novela naturalista en "Mala cuna y mala fosa" (1883), "Ni en la vida ni en la muerte" (1890), "Artuña" (1893) y "La rendición de Santiago" (1907). Otros títulos incluyen "Cuentecitos sin importancia" (1888), "Cuentos políticos" (1890), la novela autobiográfica "Desde la quilla hasta el tope" (1891) y "Antropocultura". Quizá sea esta última la obra más importante de su producción y en la que mejor reflejó su pensamiento.

Sus obras suscitaron la admiración de los jóvenes escritores de la generación del 98, como Baroja, Azorín, Maeztu y, sobre todo, de Ramón Gómez de la Serna, quien editó sus obras en 1918. Como gesto de agradecimiento a los autores que le admiraban, escribió "Cuentos para mis amigos" (1892), relato corto que destaca por su comicidad.